

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1951-Números 48-49



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

VIIA

WILSON

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



IMPRESA EN LA OFICINA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
DISEÑADA POR D. J. GARCÍA DE ALBA
Y D. J. GARCÍA DE ALBA



EJEMPLAR NÚM. 341

ARCHIVO HISPANICO

REVISTA

HISTORICA, LINGÜISTICA

Y ARTISTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

31
3

2.^a Época
Año 1951



Tomo XV
N.ros 48-49

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Núms. 48-49

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
Juan de Mata Carriazo.— <i>Las murallas de Sevilla</i>	9
Raimundo Suárez, Fr., O. P.— <i>Significado de la frase «Tener o no tener sentido común»</i>	41
Miguel Romero Martínez.— <i>Las Preciosas Rídiculas, de Molière. Versión y notas</i>	49
Manuel Díaz Caro.— <i>La Vestal. Esbozo de filosofía novelada</i>	81
Hipólito Sancho de Sopranis.— <i>Artistas sevillanos en Cádiz</i>	91

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Don Francisco Murillo Herrera</i>	127
Francisco López Estrada.— <i>«Floresta de varia poesía». Sugerencias bre la obra de Ramírez Pagán</i>	131
*** <i>Concursos de Bellas Artes de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla</i>	141
LIBROS: Varios.....	143
CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Noviembre-Diciembre, 1945</i>	155

ARTICULOS ORIGINALES

ARCHIVO HISPANICO

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ARTICULOS ORIGINALES

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ENCUENTRO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

LA VESTAL

ESBOZO DE FILOSOFIA NOVELADA

I

SAMUEL Espinosa, el pensador famoso, el prestigioso catedrático, se encuentra cómodamente arrellanado en una butaca junto al fuego de la chimenea. Lee un libro que de cuando en cuando deja caer sobre las piernas, mientras la mirada del lector queda fija en algún punto de la estancia. Aquella mirada es dura, terriblemente dura, síntoma inequívoco de la obstinación semítica de su carácter. Algunos críticos investigadores dan por averiguado su parentesco con el judío Benito Spinoza.

Entra, al rato, en la habitación su hija Eulogia, que se sienta frente a él y comienza una labor de ganchillo. Eulogia tiene treinta y siete años. Es alta, arrogante, su cuerpo presenta armoniosas proporciones, armonía que también se observa en las correctas facciones de su rostro; y no obstante esas prendas exteriores, la mirada dura de aquella hembra, con dureza más acentuada que la de su progenitor y la expresión desdeñosa del semblante, réstale simpatía y destruye, en cierto modo, el natural atractivo engendrado siempre por la belleza.

Samuel, a poco de entrar su hija, suelta el libro con gesto de cansancio y dice:

—Este Sartre me desconcierta. Encuentro en él pensamientos, ideas que comparto, pero sus contradicciones me irritan. Suprime la dualidad fenómeno-número y la dualidad potencia-acto, y luego habla del ser *trasfenomenal*; niega la categoría de causa, niega las esencias y sostiene que el hombre es libertad, lo que equivale a establecer una esencia; aborrece la metafísica y se enfrasca en ella, especulando sobre la nada. No acabaría nunca si me entretuviese en señalar los casos de su razonar caprichoso.

—Eso no tiene importancia—responde Eulogia—. Son muchas las complejidades en que se engolfa para que pueda evitar algunas contradicciones aparentes. Lo cierto es que, su pensamiento de que las cosas

están ahí sin razón de ser, que son contingentes sin depender de nada, que nada nos obliga ni nos religa, como pretende Zubiri—al fin un cura—y que todo eso produce náusea, por ser absurdo, no podemos menos de admitirlo.

—Sí—replica el padre con ironía—. Todo en el mundo es absurdo, excepto el talento de Juan Pablo Sartre, que ha sabido percatarse de la sinrazón en que vivimos. Y las consecuencias que de su filosofía se siguen harían imposible la vida, si los hombres se diesen a aplicarlas.

—Me extraña oírte hablar así, padre. Cualquiera diría que reviven en ti las austeras sequedades de nuestro supuesto remoto pariente el vidriero de Amsterdam. Cuando una doctrina es verdadera, hay que aceptarla, sean cuales fueren sus consecuencias. Porque este fuego tan grato que nos calienta, pueda, si no se le cuida como es debido, destruir la casa y aun la ciudad, no hemos de renegar del fuego y condenarnos a morir ateridos de frío.

—No es muy afortunado el símil, querida Eulogia—. Después de una breve pausa continua—: Habrás leído el drama «Les Mouches» de nuestro filósofo. Si te hubieses encontrado en Argos, en lugar de Orestes, no hubieses podido asesinar a tu madre porque no la tienes, pero a mí me habrías matado para hacer uso de tu libertad.

—Hay que elevarse a grandes síntesis, padre. No hay más filosofía verdadera que la que nos muestra la opacidad de las cosas, incluyendo entre éstas a los hombres, sin solidaridades ni obligaciones de unos para con otros, como tú me has enseñado; y sin embargo ni tú ni yo necesitamos, para vivir decentemente y movernos dentro de la disparatada contingencia que es el mundo, de recurrir a una causa necesaria, y vivimos libres de preocupaciones que nos demuestren el fundamento de nuestra limpia conducta.

—Quizás tengas razón—dice Samuel en tono dubitativo, mientras se levanta de la butaca y se acerca a su hija, a quien besa, dirigiéndose luego al dormitorio.

Espinosa había enviudado cuando nació Eulogia. Concentró entonces todas sus actividades en el estudio y en el cariño hacia su hija, erigiéndose en único maestro de ésta y educándola con completo apartamiento de toda idea religiosa. A pesar de ser joven cuando enviudó, se abstuvo de contraer nuevas nupcias, por no dar madrastra a la niña, que creció con el cerebro atiborrado de doctrinas que intentaban explicarlo todo y nada resolvían y con el corazón repleto de egoísmo.

Así llegó Eulogia a los treinta y siete años, edad que suele marcar el apogeo de los encantos femeniles y en la que ya hay indicios anunciadores de la decadencia. Su egoísmo había desarrollado en ella un orgullo inusitado por sus riquezas, por la hermosura de su cuerpo, por su cultura, que efectivamente era extraordinaria, y que, al exteriorizarla,

aparecía con el inevitable tinte de pedantería que, en más o en menos, acompaña casi siempre a las manifestaciones sabias del talento femenino y muchas veces también a las exteriorizaciones talentudas de conspicuos pensadores del sexo fuerte. Todo esto la hacía aparecer antipática, y ella, ante la general antipatía, experimentaba un sentimiento complejo, mezcla del deleite de sentirse poco querida por gentes que despreciaba y de irritación por esa misma frialdad hostil de que era objeto. Excepto a su padre, y eso hasta cierto punto, a nadie quería. El resultado de todo ello era su insatisfacción. No era feliz. El estudio y el engreimiento altanero de la propia persona, resultaban insuficientes para llenar el vacío de su espíritu.

Había tenido varios aspirantes a su mano, ya que su hermosura y posición económica eran alicientes que borrraban en algunos el desagradable efecto de su vanidad insufrible. A nadie admitió, despidiendo a todos los galanes en una forma tan terminante y destemplada que jamás intentó ninguno reincidir, por ningún medio, en las peticiones amorosas. Su padre le había manifestado el deseo de que se casase antes de que él muriese. Eso era pedir lo imposible. El matrimonio lo tenía Eulogia por uno de tantos absurdos inventado por los prejuicios sociales, considerándolo como algo que llevaba consigo en alguno de los cónyuges, o en ambos, una humillante servidumbre. Y como era fría, gélida como el hielo, los hombres de X llegaron a juzgarla como una mujer puramente cerebral, inaccesible a toda inclinación amorosa, y alguien dijo de ella que era una vestal llena de soberbia. Al divulgarse la frase, los hombres y mujeres de X empezaron a llamarla, siempre que la mencionaban, la vestal soberbia.

El corazón de tal hembra era un bloque de hielo, rodeado de bellas zarzas punzantes completamente secas. ¿Aquellas zarzas se mantendrían siempre alejadas del fuego que pudiera convertirlas en llamaradas?

II

Eulogia fué con su doncella al balneario de Z. Como allí no era conocida, su arrogante presencia atrajo bien pronto a varios hombres que la cortejaban. El galanteo le resultaba algún tanto fastidioso, más como significaba el reconocimiento de una superioridad vinculada en ella, toleraba los homenajes, entre complacida y displicente. Había uno de los cortejadores que habiendo llegado a conocer que la vestal era una hembra sabia, la atacaba por esa parte y conseguía que las repulsas fuesen menos ásperas.

—Usted, Eulogia —decíale— afirma que no hay verdades absolutas, que lo único absoluto es que todo es relativo. Yo la contradigo y le sostengo que la hermosura de usted no es relativa ni admite comparación con la de otras mujeres, porque no existe ninguna que la supere en belleza. Por tanto, al proclamar su hermosura, enuncio una verdad absoluta.

La lisonja halagaba su vanidad y con exclusión de todo sentimiento amoroso, concedía cierto margen de benévola amistad a quien le endilgaba los piropos.

Llegó al balneario pocos días después, el riquísimo negociante Eduardo Valmeta con su mujer y dos niños. Valmeta era de humilde origen, carecía de erudición libresca, pero poseía seguro conocimiento de las personas y voluntad indomable y expeditiva que sabía, guiada por su claro talento, acertar siempre, al escoger en cada caso el seguro camino que lo condujese al éxito. En poco tiempo había reunido una respetable cantidad de millones adquiridos con trabajo inteligente y con golpes de audacia que le llevaban a arriesgar en un solo negocio toda su fortuna. Tenía buena figura, frisando en los cuarenta años. Se contaban de él anécdotas extraordinarias, demostrativas de su fuerte contextura psicológica, y desde su llegada al balneario monopolizó las deferencias y agasajos de la gente, lo que hería y humillaba a Eulogia que, mal de su grado, también admiraba a dicho sujeto, aunque quisiera diferenciarse de la impresionabilidad y novelaría del vulgo.

Concibió la vestal cierta rabia hacia el recién llegado, por lo mismo que comprendía que había motivos bastantes para haber sabido atraer la atención de hombres y mujeres, y por ese mismo sentimiento de repulsión, el pensar en aquel hombre, constituía el constante trabajo del cerebro de Eulogia, quien contra la propia voluntad, siempre que lo encontraba, mirábalo con insistencia, sin que nadie lo notase, excepto el objeto de las miradas. Aun estando de espaldas, percibía Valmeta el efecto de los saetazos de aquellos ojos femeninos.

Un día habían quedado solos el millonario y Eulogia en el comedor, y al pasar la vestal cerca de Valmeta, le entregó éste un pañuelo que antes recogió del suelo, creyendo fuese de ella.

—No es mío —dijo Eulogia—; será de una señora que estaba en aquella mesa.

Entonces Eduardo, bajando la voz y hablando precipitadamente, le dice:

—Aprovecho esta oportunidad para hacerle un ruego, y es que, ni esta noche ni ninguna otra baile usted.

—¿Y quién es usted para inmiscuirse en mis actos? Bailaré lo que tenga por conveniente.

—No bailará usted —exclamó el negociante en tono imperativo y perentorio—. No bailará usted porque yo se lo prohíbo.

—¿Con qué derecho?

—Con el que nace de mi propia voluntad.

Eulogia se irguió altanera, haciendo un gesto desdeñoso, y salió del comedor. Se dirigió a su cuarto, entregándose con furia al pensamiento de aquel atrevido que, sin más ni más, con el mismo proceder expeditivo con que acometía sus arriesgados negocios mercantiles, había osado hablarle en unos términos que no estaba dispuesta a tolerar. A buena parte —pensaba— llega el insolente, cuya petulancia le había sugerido la idea de poder disponer de ella. Deseando estaba la vestal que llegase la noche para bailar cuando la sacasen y hacer alarde del desprecio que le inspiraba la ridícula prohibición.

Si antes de ese incidente Eduardo Valmeta se había apoderado del pensamiento de Eulogia, ese extraño dominio se acentuó a partir del insólito ruego, convertido en mandato, del mismo sujeto, cuya personalidad se había incrustado en la mente de la soberbia hembra, aumentando en ésta el sentimiento de aversión al millonario, a pesar del involuntario e inexplicable placer de haber sido grata a tan admirado individuo. Se resolvía furiosa contra la idea de que tal placer envolviese algo de amor, algo de debilidad incompatible con todo lo que desde niña había pensado y sentido, y se aquietó algún tanto ante la consideración de que, ello sólo podía significar una complacencia, natural aunque ridícula, de su vanidad mujeril, sensible al halago que partía de un varón tan admirado por la gente. Ella quería odiarlo, quería despreciarlo —pensaba— y lo despreciaría.

Llegada la noche se vistió y acicaló con más esmero que nunca y entró en la sala de fiestas decidida a demostrar al ricachón el desdén más terminante. Al entrar, el sexteto iniciaba un pasodoble, e inmediatamente fué rodeada por varios admiradores que se disputaban la primacía, solicitando bailar con ella; y el propósito formado de danzar cuanto a bien tuviese, fué sustituido por la decisión contraria, excusándose con el pretexto de un gran cansancio. Fueron inútiles los ruegos de los solicitantes.

Al día siguiente encontró en un pasillo a Eduardo Valmeta que, en el tono expeditivo e imperioso que le era peculiar, le dice:

—Deseo hablar un rato con usted. Ahora no es posible; nos vería cualquiera que por aquí pasase. Por tanto, esta noche la espero en el jardín, en el banco que hay junto al roble, a las tres en punto de la madrugada.

Eulogia, indignada, responde:

—Mi actitud de anoche en el baile la ha atribuido usted a sumisión mía. Está equivocado y no sabe con quién habla.

—A las tres en punto la espero junto al roble—insiste Valmeta.

—Su descomodida insolencia es tan grande como su fatuidad—replica Eulogia, que se aparta presurosa.

Se encerró luego en su cuarto y alejó a la doncella. Quería estar sola. La rabia aceleraba los movimientos del corazón, produciéndole una sensación dolorosa en el pecho y garganta. Aquello era demasiado: no sólo atacaba a su orgullo, sino a su pudor de mujer, y al pensar en su dignidad ultrajada, creía ver surgir en ella tremendo odio hacia el autor del desmán; pero en medio de ese sentimiento percibía, en lo más íntimo de su ser, una voz queda, leve, astuta, que la inducía a someterse al millonario; una voz que quería ahogar y que, no obstante los esfuerzos para acallarla, continuaba, terca, invitándole a la cita, percatándose al escucharla del humillante sentido de la páfida insinuación que sonaba en la mente de la vestal como un susurro celestinesco. Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se puso en pie y comenzó a pasear por la estancia, decidida a despreciar a aquel hombre y partir al día siguiente.

¿De dónde iba a sacar Eulogia las energías espirituales que pudiesen contrarrestar la llamada obstinada de la voz malévola que seguía oyendo? ¿De su pasión orgullosa? ¡Desdichada mujer que ignoraba la camaradería de las pasiones, que hace que alguna dominante se encoja, como el caracol en su concha, para no estorbar el nefasto funcionamiento de otra nueva pasión, porque lo que a todas importa es colaborar en el completo dominio del ser a quien esclavizan! Por eso, prescindiendo de su soberbia y del odio que creía sentir hacia el audaz pretendiente, la vestal llegó, a las tres de la madrugada, al sitio indicado por Valmeta donde éste la esperaba.

Desde entonces fueron frecuentes las entrevistas entre ambos, cautelosamente disimuladas.

Transcurridos unos quince días, el millonario anunció a su amiga la inmediata partida.

—Mañana—le dice—nos vamos a Madrid, donde dejaré a los niños en un internado. Luego habré de emprender un viaje de negocios a varias repúblicas americanas. Mi mujer me acompañará. El viaje durará algunos meses, y a mi regreso iré a X y nos veremos. Durante mi ausencia procuraré escribirte, pero tú, aunque llegues a saber mi dirección, te abstendrás de contestar ninguna carta.

La vestal, ofendida por lo que acababa de oír, le responde con acritud:

—Puedes ahorrarte el trabajo de escribirme y de ir a X cuando regreses. Estoy harta de clandestinidades y tapujos. Cuando se siente un amor verdadero, como creí que sentías, como yo he sentido, debe prescindirse de hipocresías, que son un tributo a convencionalismos absurdos, y ostentar el amor como un regalo de los dioses.

—Esos convencionalismos—arguye Valmeta—no han nacido porque sí, no son obra del acaso. Han sido establecidos por la humanidad, como resultado de la sabia experiencia ejercitada durante siglos, y sobre ellos descansan las sociedades civilizadas que no podrían existir de otra manera.

—Han sido establecidos—replica Eulogia—por la estupidez humana, como tantas otras cosas absurdas.

—Ciertamente que los hombres han cometido errores y establecido cosas disparatadas, pero no todo es disparate. Sea de ello lo que fuere, en el caso de que se trata, en nuestro caso, hay otra razón poderosa para que yo me someta a lo que tú llamas convencional. Con nuestros caprichos y nuestras taras no debemos dañar a un tercero que no ha intervenido en el mal cometido. Yo tengo un hogar que respetar y una esposa que no merece ser flagelada por mis claudicaciones.

—¿Y yo no merezco respeto? Mi amor, la enajenación de mi libertad de que tanto me ufanaba ¿merecen la humillación y el desprecio?

—No has sido víctima de ningún engaño, y al aceptar estas relaciones conocías mi estado y condición. No eres tampoco una jovenzuela inexperta a quien yo haya seducido con embusteros arrumacos.

—Es decir, que la consideración y el respeto son sólo para la esposa. Para mí el desdén, el ocultarme como algo vergonzoso que puede contaminar un hogar, que si tú de veras respetases, no te hubieses puesto en este trance, hollando también a otra persona, a mí, que tengo igualmente derecho a la consideración ajena.

—Hay alguna lógica, lo confieso, en lo que dices. Deploro, Eulogia, que mi voluntad haya carecido de energía para liberarme de la sugestión de tu hermosura y de tus insistentes miradas. Lamento que esta flaqueza mía haya acrecentado tus rebeliones contra la sociedad, sin conseguir saciar tus anhelos anárquicos. Con todo y con eso, no me desdigo de cuanto te he dicho y estoy resuelto a evitar exhibiciones escandalosas, siquiera yo haya sido el principal culpable de que las mismas pudieran llegar a producirse.

Así terminó la última entrevista

Eulogia se ahogaba. Sentía en el pecho opresiones angustiosas como si con ligamentos de acero le apretasen las carnes. Hubiera querido llorar, pero le era imposible. Aquella mujer jamás había llorado porque en el persistente y sabio cultivo de su agolatría, había puesto especial empeño en alejar de sí lo que consideraba una debilidad vergonzosa.

Vióse obligada a guardar dos días de cama en el hotel, negándose a llamar a un médico, regresando después a su domicilio de X.

III

La vestal era presa de una agitación constante. Se había derrumbado su fortaleza, se había convertido en el juguete de un varón que la despreciaba, y para mayor bochorno se veía precisada, luego que transcurriesen algunas semanas, a declarar a su padre lo que le sucedía. Sentía vergüenza, no podía disimulárselo a sí propia, y esa nueva prueba de debilidad la enfurecía. Hizo al fin un esfuerzo sobre sí misma, y confiando en que su padre era comprensivo, dadas las opiniones que siempre había profesado, lo confesó todo, interrumpiéndola al punto Samuel, que le dice:

—Supongo que, a pesar de tu fobia antimatrimonial, se verificará con la mayor urgencia tu casamiento.

—Imposible. Ese hombre es casado.

Samuel Espinosa, tembloroso, pálido, exclama con sorda irritación:

—Bien. Está bien. En eso ha venido a parar el indomable orgullo, la soberbia que constituía el deleite satánico de tu egoísmo. La vestal, la soberbia vestal, como por ahí te llaman, será ahora el ludibrio de la gente. No tienes madre, pero has matado como el Orestes de «Las Mouches» a tu propio padre, porque mi vejez no podrá soportar la puñalada.

—Estoy oyéndote, padre, y no parece que eres tú quien me habla. ¿Qué he hecho yo sino conceder a mi vida lo que mi vida exigía para desarrollarse? Si no hay esencias antes de la existencia, si ésta me la he de hacer yo misma sin sujeción a principios normativos ¿por qué censurarme? El filósofo tan aplaudido en los congresos y en las revistas de los sabios, el que en los diccionarios de filosofía aparece como el campeón de los fueros de la persona, está incurriendo en los mismos ridículos prejuicios que tanto ha combatido.

—Déjate de prejuicios, de tu manía de verlos en todas partes, que es otro prejuicio insufrible.

—Lo que tú me has enseñado.

—Es que, la realidad, la vida misma, va por un lado y la filosofía de nuestro tiempo por otro.

—Si la filosofía—exclama con énfasis Eulogia—no ha de servir siquiera para explicar la vida ¿para qué la necesitaremos, ni de qué nos sirve el estudio? Yo creo en la filosofía, aunque deteste la metafísica, y entiendo que, lejos de caminar por derroteros distintos que la vida, va

por el mismo sendero que ésta, enseñándonos, con las vivencias de la conciencia, lo que sea la realidad.

Samuel, sonriendo con un dejo de amargura, le dice:

—Eres aun joven. Tu juventud y tu pedantería te hacen ver así las cosas; y sin pensar en que lo que te pasa desmiente cuanto dices, te aferras tercamente a seguir alimentando tu ya maltrecho orgullo. Parece increíble que nuestra vanidad, nuestros odios, nuestras pasiones en una palabra, nos lleven a edificar teorías caprichosas, bonitas a las veces si el arquitecto tiene algún talento, pero completamente divorciadas de la realidad, de la misma vida que pretenden explicar o por lo menos describir. Nos burlamos de los de la acera de enfrente atribuyéndoles el temor a los hechos y el poblar el mundo de fantasmas, y somos nosotros los que, para dar un sentido al universo y a nosotros mismos, excogitamos teorías que se dan de bofetadas con la verdad. Nos reímos de las abstracciones, y en el gobierno de la vida, en el fluir de ésta, vemos la imposibilidad de dar un solo paso sin abstraer, en lo que nos diferenciamos de las bestias. Negamos la causalidad, vemos o pretendemos ver en todas partes contingencias incausadas, y en el cultivo de la ciencia, en la dirección de nuestros actos y en las relaciones sociales, nos valemos de un modo constante del principio de causalidad, negado por nuestra filosofía. Decimos que el hombre es libertad y rechazamos el libre albedrío, exigiendo al propio tiempo estrechas responsabilidades a quienes, al delinquir, no pudieron hacer uso de una facultad de que carecían. Nos rebelamos contra toda norma obligatoria, queremos extraer la moral de no sé qué hechos oscuros o ideas indefinidas que santifican toda acción que exalte nuestra vida, y cuando tropezamos con algo que nos afecta, como tropiezo yo ahora, nos indignamos contra quien ha obedecido dócilmente, las insinuaciones pasionales. Condenamos el raciocinio, por inútil, diputamos la intuición como única garantía del conocimiento, y en todas las relaciones humanas nos servimos del raciocinio, desconfiando de la intuición ajena y muchas veces de la propia. Negamos la legitimidad de todo conocimiento que no se base en la experiencia, haciendo caso omiso de que ésta nos dice que el hombre se vale también de todos los principios recusados por la moderna filosofía, sin los cuales nada significaría la misma experiencia. Como antes te dije, la filosofía moderna camina por un sendero distinto al de la vida que quiere exaltar, y entre todos los absurdos que ella atribuye al mundo, no hay otro mayor que el que supondría que el principio rector del universo, la naturaleza, o lo que quiera que sea, haya producido un ser, el hombre, con facultades que utiliza en su vivir cuando no filosofa, pero que, si trata de buscar la verdad, ha de prescindir de todo lo que le sirve para la vida. Ese ser sería más indigente que los irracionales a quienes guía un instinto seguro, en tanto que el hombre carece de tal instinto y, según los nuevos pensadores, de nada le sirve la razón.

—Pero padre mío, ¿existe algún principio rector del caos? ¿Existe la naturaleza humana? Yo no veo en ninguna parte sino hechos e individuos. ¡Valiente antigualla! Nunca creí que admitieses tan de lleno las estupideces de la llamada filosofía perenne.

—Para admitir la filosofía que dices hay que despojarse de preocupaciones que no he podido desechar por completo. La sinceridad me obliga a confesar que en tu conducta, en relación con tus ideas, hay mayor lógica que en mi proceder, si bien sospecho que tú tampoco crees lo que sostienes, lo que tu soberbia quiere hacerte creer. Yo columbro vagamente, entre las oscuridades en que mi inteligencia vive, luces lejanas que podrían guiarme si estuviese dispuesto a declarar, ante mí mismo y ante el mundo, mis inveterados errores, a confesar que sólo la imaginación alimentada por la vanidad, ha podido producir lo que, desde mi juventud, vengo sosteniendo; pero el maldito orgullo me lo impide. Tal vez si yo pudiese captar una sola partícula de eso indefinible que los teólogos llaman la Gracia, podría mi debilidad encontrar arrestos para proclamar mi fracaso. En fin, dejémonos de esto, y a preparar las cosas, porque mañana salimos para el extranjero. A nadie indicaremos el lugar de nuestra nueva residencia, ni por ahora nos daremos a conocer donde vivamos. Que nadie mencione mi nombre ni el tuyo en los periódicos. Carezco de valor para ver las caras de nuestros amigos y admiradores, entre compasivos, y quizás secretamente jubilosos por nuestra vergüenza.

—Yo no quiero ir a ninguna parte porque no tengo de qué avergonzarme.

—Eso quieres creer, sin conseguirlo. Contra tu deseo, contra tus ideas filosóficas, sientes vergüenza. En fin, no se hable más; mañana emprendemos el viaje.

Se ausentaron padre e hija, instalándose en Londres. Varios meses después, Eulogia, cuyos trastornos cardíacos iban en aumento, tuvo un hijo muerto. Al día siguiente murió ella como una pagana.

Desde entonces Samuel Espinosa vive una vida envenenada. Desea la muerte y la teme. Aborrece su filosofía, quisiera proclamar a los cuatro vientos que la detesta, pero su excepticismo y su orgullo se lo impiden. Quisiera tener fe, tiene atisbos de la existencia de verdades eternas, mas la Gracia no lo visita, porque su obstinación no lo hace digno de ella; y así ve acercarse el tremendo día sin serenidad, sin decidirse a saciar su espíritu con las aguas vivas de que hablaba un día el Divino Maestro junto al pozo de Jacob, en las llanuras de Samaria.

MANUEL DIAZ CARO.